VI.

LA MEDICINA EN EL JAPON.

Nada mas curioso para los europeos de todos los países que examinar el interior y el exterior de las innumerables farmacias japonesas. Están adornadas de grandes carteles, donde se mencionan todos los remedios infalibles para todas las enfermedades conocidas, y creo aun que para todas las que la humanidad pueda llegar á sufrir en lo sucesivo. La exposicion de Lóndres ofreció curiosas muestras de ello.

Estas boticas están tan bien adornadas con certificados de enfermos, atestiguando curaciones milagrosas, conseguidas por medio de los medicamentos descritos en los carteles, y por otros muchos, algunos de los cuales son anunciados como provenientes de Europa. Es verdad que Europa nos da en cambio como maravillas otros remedios originarios del Japon.

Las boticas japonesas no pueden compararse á ninguna tienda europea.

Viniendo á la medicina, empezaremos por describir una operacion que participa de la terapéutica y de la mágia, la cual se halla muy en boga para ciertos cólicos, horriblemente dolorosos, con que la Providencia en sus inescrutables destinos se ha complacido en dotar particularmente al Japon. Los médicos de este país practican la *acupuntura* por medio de largas y finisimas agujas de oro, de plata ó de acero. El paciente dirige unas cuantas palabras bien sentidas á Budha, y se tiende sobre una de esas lindas mantas de que se hallan provistas todas las alcobas del Japon, entregándose al operador. Este toma nueve de dichas agujas, ni una mas ni ménos, y las introduce diestramente en los músculos del abdómen ó del estómago del enfermo, evitando con grande habilidad las partes huesosas, los nervios y los vasos sanguíneos é imprimiendo á las agujas al introducirlas un rápido movimiento de rotacion, con que se solaza el paciente. Muchos médicos se dedican, como á una especialidad muy lucrativa, á este género de operaciones. Yo he visto en la exposicion de Lóndres veinticinco de esas agujas de plata, tan finas como el hilo mas fino de Escocia, al lado de un gran número de instrumentos de cirujía japonesa, entre los cuales figura en su forma mas primitiva el instrumento de uso doméstico cuyos servicios son tan útiles para aliviar las irritaciones intestinales.

El *moxa* es un remedio universal; es la parte lanosa de la artemisa que se separa de sus hojas por medio de la friccion y el batimiento. Esta especie de lana se prepara en pequeños conos que se encienden por el vértice, aplicándose despues sobre la parte que señala el médico. El *moxa* se aplica en

el Japon en toda clase de casos; así es que la maleta del viajero encierra siempre cierto número de *moxas* para hacerlos aplicar á la primera ocasion.

Esta operacion, como la de las agujas, forma en todo el imperio del Este una ciencia y una profesion especial muy honrosa. En Inglaterra se emplea la sal de Glauber para conservar la tez fresca y prevenir los males futuros; en el Japon se emplea el *moxas* con el mismo objeto. Todos, jóvenes ó viejos, hombres ó mugeres, soldados, sacerdotes y hasta los condenados en su prision, se someten voluntariamente á esta operacion una vez al ménos cada seis meses.

Otro remedio universalmente empleado entre los japoneses como curativo y preservativo, es la friccion. Hay médicos que hacen de ella su estudio especial y que se encierran tambien en esta especialidad. Segun ellos, no hay arte mas difícil y complicado que la friccion, y solo afuerza de continuados estudios y de una larga práctica se puede pretender el honor de llamarse verdadero friccionador. Un viajero asegura que existe en Yeddo una escuela especial de friccionadores, en que los discípulos, dedicados particularmente á la práctica de este ramo de la medicina, se ejercitan sobre sugetos alquilados para este uso; se les supone sucesivamente las diferentes afecciones que se tratan por la friccion, y se les fricciona en consecuencia. Se les llama mozos de friccion y están muy bien pagados.

La medicina halla sus incrédulos en el imperio como por todas partes. Existe en el Japon una comedia que dicen es muy sábia y llena de rasgos satíricos á propósito de los médicos. Tiene por título *El médico, la medicina y el enfermo.* La personificacion de la medicina se mofa en ella del doctor probándole su impotencia, y el médico y la medicina acaban

por burlarse de sí mismos y por reir á carcajadas de la confianza que inspiran al enfermo. Llega éste y el médico y la medicina toman un aire grave, se consultan mútuamente, ordenan multitud de drogas, y se dividen los beneficios del tratamiento, asegurando al enfermo que curará radicalmente. Cuando el enfermo sale con los bolsillos atestados de remedios, pero desprovistos de dinero, el médico y la medicina entablan el siguiente diálogo:

El medico.—¿Qué pensais de ese pobre enfermo?

La medicina.—Mi pensar es que no curará.

El medico.—No es esa mi opinion. Os apuesto á que se encontrará bien la semana que viene.

La medicina.—Os apuesto á que morirá ántes de ocho dias.

El medico—¿Qué quereis apostar?

La medicina.—El que pierda beberá la droga que habeis ordenado al enfermo.

El médico vacila. Supone el efecto del remedio que ha ordenado, hace una nueva, y no parece dispuesto á adoptar este género de apuestas. Mas como es muy obstinado y su amor se ve estimulado por la medicina, que le dice:

—¡Ah, ah! ¡Me teneis miedo!

Hace un esfuerzo supremo y acepta la proposicion.

Ocho dias despues, habiéndose citado el médico y la medicina para saber noticias del enfermo, aparece este de repente. Se encuentra perfectamente. La medicina no puede creer lo que ve; el médico está radiante de gozo.

¡Bebed! dice el doctor triunfante, presentandole una mezcla de drogas, semejante á la que habia ordenado al efermo.

—¡Ah! dice tristemente la medicina; temo que este dia sea

el último de mi vida, porque yo misma no conozco un remedio contra mis remedios.

La medicina bebe y muere.

En cuanto al enfermo, interrogado por el doctor, confiesa no haber tomado medicamento alguno.

Este desenlace de la comedia japonesa me trae á la memoria una anécdota publicada en estos términos por el doctor Guyard:

«Una señora amiga mia, convaleciente, preguntaba un dia á su médico:

—Decidme, doctor, ¿qué secreto teneis los médicos para no estar nunca malos?

Es, respondió el doctor, que comemos confortablemente de los productos de nuestras recetas, sin tomar nunca nada de las drogas que ordenamos.»

No hay que sorprenderse de esta respuesta; los mas grandes médicos de todas las épocas y de todos los países han dicho cosas semejantes. El mismo Hipócrates, padre de la medicina; Sydenham, á quien llamaban el Hipócrates inglés, Guy Patm, Broussais, Bouchardat, Chomel, Shengel, Magendi, Coroisant, Boerhave, Sthaal, Bichat, los médicos mas ilustres, podrian proporcionarnos numerosos textos que citar sobre el asunto. Esto no es obstáculo para que todos, aun los mas incrédulos, á la primera indisposicion leve ó grave, y entre ellos me incluyo, nos apresuremos á reclamar los cuidados de nuestro doctor. Puede no creerse en la medicina, pero creemos en nuestro médico.

Hablemos tambien un poco de los muertos en el Japon. La transicion os parecerá natural.

Los muertos son tratados en el imperio del Este de una manera muy original: no se les quema, como hacian los romanos; no se les embalsama, como los egipcios; no se les entierra, como nosotros hacemos; se les mete en barriles, ni mas ni ménos que los pepinillos ó las aceitunas. Y lo mas original, es que el barril que sirve á los japoneses de última morada no excede nunca de tres piés de altura por dos y medio de diámetro en la parte mas ancha y dos en la base. ¿Cómo puede reducirse el cuerpo humano dentro de este barril? Es un misterio que los sepultureros japoneses no han tenido la bondad de revelarnos, pero sin que el echo sea por ello ménos incontestable. Cuando por algunos viajeros se ha preguntado á los japoneses sobre el asunto, han contestado que obtienen la reduccion de los cadáveres á la forma reglamentaria del barril, introduciéndoles en la nariz, en las orejas y en la boca cierta dósis de un licor preparado con el zumo de la *doria*. Este licor tendrá, entre otras cualidades, la de dar á los miembros de los muertos una blandura extrema.

Un americano habla de una experiencia de este género hecha en su presencia. Hacia mucho frio; un jóven holandés murió en la factoría de Desima; al dia siguiente, muchos japoneses, algunos oficiales de la factoría y el testigo que relata este hecho, examinaron el cuerpo. Estaba tan duro como la madera. Uno de los intérpretes sacó de la cartera un polvo grosero, parecido á la arena; era *doria* preparada esta vez en polvos y no en licor; tomó un polvo y lo introdujo en las orejas, otro en las narices y otro en la boca. «Sea por efecto de la droga, dice el americano, ó por alguna hábil superchería que no he podido adivinar, el cuerpo recobró toda su elasticidad en ménos de quince minutos.»

Algunas personas han creido poder afirmar que la *doria* administrada de cierta manera era un veneno violento, y han tratado de hacer su análisis químico; pero la impotencia de la química para hacer constar los elementos contenidos en ciertas sustancias vegetales es manifiesta. ¿Cuál es, por ejemplo, el elemento que distingue el guisante venenoso del guisante comestible vulgar, con el que con tanta frecuencia se confunde? La química lo ignora enteramente, y sin embargo, el uno es un alimento sabroso y el otro un veneno mortal. ¿Cuál es el principio que distingue el zumo de la trepadora que produce la *curara*, uno de los venenos mas violentos que se conocen, de los jugos inocentes de otra porcion de trepadoras? La química tambien lo ignora. No habia pues, mas que un medio de asegurarse respecto á la *doria*, que era ensayarlo sobre séres vivos. En todo caso, si esta planta es susceptible por preparacion de ser nociva, tomada en estado de infusion tiene cualidades que la hacen buscar para todas las clases sociales: aviva el espíritu, dicen los japoneses, y refresca el cuerpo. Ademas, tiene un sabor agradable. En la inteligencia de un gran número de personas del país, el uso constante de esta planta prolonga la vida.

Lo que contribuye á hacer creer en las virtudes maravillosas de la *doria* es que se expende solamente en los templos, y que su descubrimiento se atribuye á un sacerdote llamado Kobon-Daysi. Una vez hecha su recoleccion, los sacerdotes, formados en círculo ante el producto maravilloso, repiten durante veinticuatro horas siete veces, un himno titulado *Guomi-Singo*. Los mismos sacerdotes aseguran que despues de este largo ejercicio religioso se escuchan á intervalos ciertos estallidos en el polvo del a *doria*. Solo las plegarias pueden operar este milagro, haciendo eficaz el producto. Los em-

piricos explotan esta ciencia, y llaman á la decoccion de *doria* la bebida maravillosa.

¡Pero qué no hacen los empíricos en el Japon para inspirar confianza á los enfermos y apoderarse de su dinero! Verdaderos empresarios de la medicina, viajan con una tropa de individuos que se llaman incurables, y á los que curan periódicamente en todas las ciudades á donde van á ofrecer sus drogas.

Cada miembro de la compañía representa el papel de su enfermedad al llegar á un punto, y cura en algunos dias, si son dias los que el empírico permanece en la localidad, ó en algunas horas si permanece poco tiempo. Estos pretendidos incurables pasan por desgraciados recogidos en el camino por el mas generoso de los filántropos. Cuando el empresario ha despachado sus drogas y fingido despedir á su compañía de incurables, vuelve á recoger sus gentes á alguna distancia de la ciudad en un coche y va á recurarlos á otra.

Dícese que esta profesion es muy lucrativa en el Japon, y podemos creer que lo seria igualmente en Europa si la policía dejase á todos los bienhechores de la humanidad en completa libertad de accion.

Los botánicos de nuestro continente que han recorrido el Japon, reconocen de comun acuerdo la inmensa riqueza de aquel país en plantas medicinales. No es dudoso que la medicina sacará algun dia de aquella region algunos remedios nuevos de que tenemos la mayor nesesidad y que será muy conveniente agregar al limitado número de específicos que poseemos.

Los médicos del Japon se hacen rapar la cabeza; con cabellos inspirarian menos confianza. No hay que reir por

ello: si los médicos franceses renunciaran á su gran corbata blanca, perderian la mayor parte de su prestigio. ¿Os fiaríais á los cuidados de un médico, aunque fuera el mas sábio del mundo, que llevase un *plaid* escocés, bigotes retorcidos, cuellos de colin, con una cinta color de rosa por corbata y guantes de piel de perro? No es creible.